

—¿Y bien? preguntaron.

—Desapareció, replicó el noble baron de Bibandier; acabo de verle partir con el escuálido del mayordomo y los dos negros.

Las dos bujías que Nawu había encendido en la última ventana del ala izquierda no habían brillado mas que un momento.

—¿Y la señal? preguntó á su vez Bibandier.

—¡Todo va bien! respondió Roberto, y puesto que milord se lleva sus dos perros de presa, no tendremos mas que pasar la puerta... ¿Estamos listos?

—¡Presente! respondió Bibandier sin miedo y con valor.

—Por mi parte, dijo Blas, estoy dispuesto á llevar adelante la empresa. Pero hablemos antes con formalidad. ¿Si conseguimos el lote vamos á ir á Penhoel?

—¡Siempre! contestó Roberto: René ha bebido aguardiente todo el dia; me quiere mas que á las niñas de sus ojos.

Compramos el castillo y lo que se sigue. Damos un puntapié á ese viejo Pontalés y nos hacemos los señores tutelares de la comarca.

—¿Y esta vez, dijo Blas, no tendrá malas chanzas Mr. Roberto?

—No tendremos ni la sombra del menor disgusto, camarada. Entre millonarios no se emplean las fórmulas. ¿Quién salta el primero?

—Yo, dijo Blas. Esto me recuerda mis buenos

XIII.

LA CERRADURA.

Aquella mañana había abandonado su palacio el nabab antes de ser de dia.

En el momento en que se ponía en marcha su carruaje, dió la vuelta á los jardines corriendo, y llegó á las callejuelas situadas detrás del palacio un hombre que estaba en observacion delante del portal.

La noche era aún bastante oscura.

—¿Estais ahí? murmuró.

Dos hombres se separaban del muro.

Eran el caballero Las Matas y el conde de Monteira en traje de aventuras.

tiempos. Adelante, mi chachos, y verguenza al que no me siga.

Entre la calle y la casa habia la tapia del jardin, que por aquel sitio era muy baja.

Blas la escaló el primero con facilidad y presteza, porque no habia perdido su habilidad.

El Americano y Bibandier saltaron tambien á su vez sobre el caballete.

No era esta la parte del gran jardin cubierto; habia alli un banco y algunas ramas de árboles.

Roberto hizo sonar como un silbido, al que contestaron desde la ventana donde habian aparecido las luces.

Deslizóse un cordon, yendo á caer á los piés de nuestros tres caballeros. Roberto ató á él la estremidad de una escala de seda, y el cordon subió. Un momento despues efectuaban los tres su entrada en el palacio del nabab por la ventana.

—La niña está acostada, dijo Nawu, que no temblaba mucho.

—¡Bahl dijo Roberto, ¿no podremos llevárnosla?

—¡Está muy débil!

—Americano, dijo Bibandier, pido ser padrino de la criatura; esto asegurará los lazos de estimacion y afecto que nos unen.

Los tres caballeros estaban por demás alegres.

—¡Ah! dijo Roberto dirigiéndose á Nawu, ¿has dado cima á tu empresa?

Nawu movió la cabeza lentamente.

—Tenia un frasquito, respondió, con cuatro venenos de los mejores de mi país.

—En que tan escelentes venenos hay, dijo Bibandier.

—Con ellos hubiera enviado al otro mundo, respondió Nawu, á una docena de caballeros tan arrogantes como vosotros.

Las pobres niñas se han bebido ellas solas la mitad de la pocion.

Bibandier intentó reir otra vez para darse importancia con sus colegas, pero no podia.

—¿Y luego? dijeron al mismo tiempo Roberto y Blas.

—Duró nada mas que cinco minutos la funcion, replicó Nawu, algun cuarto de hora á lo mas; luego acabó todo para ellas.

—¿Estás cierta?

—En el momento que os hablo están muertas, replicó Nawu bajando sus negros y brillantes ojos. Roberto habia oido ya una vez estas palabras: “Están muertas.”

Le habian engañado y dudaba.

—¿Puedes enseñárnoslas? dijo.

—Seguidme, replicó Nawu sin dudar.

Roberto dió un paso hácia adelante. El Zalameiro y Bibandier permanecieron inmóviles.

—Voy á llevaros á su habitacion, dijo Nawu; pero entrareis solo, porque no quisiera verles el rostro.

La luz iba siendo cada vez mayor y las tinieblas

TOM. III.

desaparecían, aunque muy lentamente. Oyóse en el fondo del corredor donde estaba situada la estancia de las dos jóvenes una voz débil que gritaba:

—¡Elena! ¡Diana!

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Roberto.

—Escuchad, dijo Nawu; no responden.

Nuestros tres compañeros prestaron atentamente el oído, y ninguna voz respondió á la de Blanca.

—¡No responderán! dijo Nawu. La pobre niña que las llama no puede verlas en la sombra; pero yo sé muy bien que están tendidas sobre la alfombra, una junto á la otra, cerrados los ojos, lívidos los lábios. ¡Oh! añadió, bajando repentinamente la voz, ¡mucho se querían! Eran tan bellas como los ángeles. ¡No sé si lo volvería á hacer!

—¡Diana! ¡Elena! repetía la voz de Blanca.

—¡No responderán! murmuró Nawu.

Blas y Roberto, aunque fuesen dos infames sin corazón, sentían penetrar en sus venas un frío mortal. En cuanto á Bibandier, surcaba sus sienes un sudor glacial.

Había visto ya una vez á las dos jóvenes tendidas una junto á otra en el fondo de su barca y al borde de la tumba.

Las palabras de Nawu evocaban para él dos pálidas fantasmas.

—¡Oh! sí, balbuceó sin saber lo que decía; eran

muy bellas. Y los que las han asesinado no dormirán nunca con tranquilidad.

—¡Diana! ¡Elena! dijo por tercera vez la voz cada vez mas débil del Angel.

Igual silencio.

—¡Y bien! dijo Nawu á Roberto, que permanecía inmóvil; el corredor es corto y está la puerta abierta. ¿No quereis ir á ver á las muertas?

Roberto se volvió bruscamente.

—Serás pagada, dijo; condúcenos á la habitacion de Montalt.

Nawu obedeció.

La estancia de Montalt, como ya lo hemos dicho, estaba situada al otro extremo del palacio.

Nuestros tres caballeros y su guía atravesaron con precaucion las largas galerías. La puerta exterior de la alcoba estaba cerrada.

Blas, que llevaba bajo su capa una ganzúa y diferentes instrumentos de cerrajero, fué encargado de abrir. En esto se tardó algun tiempo, bien porque la cerradura tuviese combinaciones difíciles de conocer, bien porque Blas hubiese olvidado su destreza antigua.

Cuando se pudo entrar en el corredor era ya de día.

Pero nuestros tres compañeros encontraron otra vez las tinieblas en el interior de la estancia, cuyas puertas estaban cuidadosamente cerradas.

Como Roberto miraba á su espalda con inquietud, le dijo Nawu:

—Nadie vendrá á sorprendernos. Los criados en esta casa siguen el ejemplo de su amo. Velan de noche y duermen de día. Los mas madrugadores no se levantan hasta las diez.

Presentó la mano.

—He hecho lo que habia prometido, añadió; pagadme, porque es forzoso que abandone el palacio.

Roberto le dió una bolsa llena de oro. Nawa se alejó lentamente con la cabeza baja.

Nuestros tres caballeros estaban solos y eran dueños del terreno.

Cerraron la puerta y encendieron una lámpara.

Roberto reconoció primero los cajones del secretario para buscar la llave del mueble donde debia estar encerrada la caja.

En lugar de la llave encontró billetes de banco que se guardó.

Sobre la meseta de la carpeta llamó su atencion una carta comenzada.

—¡Pardiez! dijo recorriendo las primeras líneas; bien puedo leer sin ser indiscreto, porque esta carta está dirigida á mí. ¿Sabeis, amigos, que ese mitor amenaza con volverse loco? Ayer tres cartas, esta noche dos; esto amenazaba ser mas que pesadilla. Y todo para suplicarme de rodillas que le dé ese papelucho garrapateado por una mujer!

—¡Vamos! interrumpió Blas, ¿no encuentras la llave?

El Americano hizo sonar sus bolsillos con alegría.

—Ciertamente que esto es un detalle, replicó; pero me lisonjeo de tener en mi cartera un crédito de cincuenta mil francos, tal vez mas, porque cada nueva carta de mitor me ofrece dos mil lises mas.

Se detuvo, espresando su mirada una súbita inquietud.

—Es tan extraño todo esto, prosiguió bajando la voz, que tendria mis temores si ese hombre no hubiese sufrido hoy algun contratiempo.

—¡Temores! ¿por qué? preguntó Blas.

—Pero son cinco contra uno, prosiguió Roberto sin contestar, y mitor no nos volverá á molestar mas. Manos á la obra, Zalamero; á falta de llaves hagamos uso de los instrumentos.

Bibandier no tenia que tomar parte en este trabajo; pero si su lengua estaba quieta no le sucedia lo mismo á las manos. El noble baron reconocia mueble per mueble, recogiendo de ellos lo que le parecia mejor ó mas conveniente.

Si los sillones no hubiesen sido tan grandes, es seguro que los hubiera guardado en los bolsillos de su levita.

El mueble indicado por Lola estaba medio oculto detrás de las colgaduras de brocado que cercaban el lecho de Montalt.

Era una especie de cofre sostenido por cuatro piés torneados y cubiertos de alto y bajo por embutidos artísticamente variados. En el centro ó especie de vientre que distingue los armarios del

tiempo de Luis XV, se veía una pequeña cerradura delicada, microscópica, que parecía fácil de violentar.

A falta de destreza se podía emplear la fuerza, porque esos muebles tan elegantes son frágiles, y el menor golpe vigorosamente aplicado puede destruir las planchas que lo forman.

Nuestros tres caballeros bendecían *in petto* el capricho del nabab, que había escogido para guardar su tesoro aquel mueble en lugar de una fea caja de hierro.

El Zalamero se puso de rodillas sobre la alfombra, comenzando su oficio de cerrajero.

En otro tiempo, en la época en que había merecido alguna reputación, no se hubieran podido contar las cerraduras violentadas por él. Poseía casi tan perfectamente como su compañero de glorias y fatigas, el Americano, la parte intelectual del arte del ladrón; pero su mano era ligera y se podían citar de él hazañas verdaderamente notables.

Preciso era que aquella antigua gloria fuese á estrellarse contra el juguete de un niño.

El desgraciado Blas trabajaba como un negro, sudaba gruesas gotas y rompía ó inutilizaba uno detrás de otro todos sus instrumentos.

Hubiérase dicho que la cerradura era aparente.

El tiempo pasaba: Roberto y Bibandier seguían el curso de su vano trabajo con creciente impaciencia.

—¡Dame eso! exclamó al fin el Americano, recha-

zando á Blas, que se enjugó el sudor de la frente; no sirves para nada.

Cogió uno de los instrumentos, reconociendo la cerradura á su vez.

Igual resultado; el instrumento se torció y la cerradura permaneció intacta.

Roberto se levantó; Bibandier quiso también hacer una prueba, que obtuvo el mismo éxito que las anteriores.

—El diablo está en esta cerradura, dijo.

Nuestros tres caballeros estaban de pié con la cabeza baja y mirando con los ojos de la codicia el mueble que parecía tan fácil de abrir.

Habían tardado mucho tiempo en desanimarse y había pasado bastante tiempo desde su entrada en el palacio.

—¡Esto es infernal! murmuró el Americano; ¡naufragar en el puerto! ¡Apostaría la cabeza á que están los diamantes en ese cofre!

—Naturalmente, apoyó con tristeza Bibandier; tan buena cerradura debe servir de algo.

Blas volvió la cabeza por casualidad, y sus miradas se fijaron en una de las ventanas.

—¡Mirad! dijo con terror.

Las miradas de Roberto y Bibandier siguieron la dirección de su mano estendida.

A pesar de la luz de la lámpara, se veían por las rendijas de las maderas dos ó tres puntos luminosos de los que anuncian el brillo del sol.

—Es preciso acabar, dijo Roberto.

Retrocedió hasta el otro extremo de la habitación, y tomando carrera, fué á dar con toda su fuerza al pequeño mueble.

El choque del tacon de su bota produjo un sonido seco y débil; esto fué todo.

El armarito estaba intacto.

—¡Bajo la madera hay hierro! murmuró dejando caer sus brazos.

Nuestros tres caballeros en el colmo de su turbación se miraron en silencio durante un minuto.

—Señores, dijo al fin Roberto, es preciso jugar el todo por el todo. Las gentes de la casa van á despertarse si es que ya no lo están; no nos restan mas que cortos instantes: no los perdamos en esfuerzos inútiles. Recuerdo haber visto un hacha en la estancia en que Nawu nos entró primero; con su ayuda no tardará en ser nuestra la cerradura.

—Voy á buscarla, exclamó Blas.

—Vamos los dos, añadió Bibandier.

Reflexionaba que en caso de peligro era mas fácil la fuga salido ya de la estancia del nabab.

Solo Roberto tomó la lámpara, acercándola á la cerradura para examinarla mejor. En torno de los adornos de oro cincelados habia un arabesco muy elegante.

En medio de las líneas de éste distinguió Roberto un botoncito de plata.

Su corazon palpité como si tuviera ya en la mano la famosa caja de diamantes.

Al momento tuvo la feliz idea de adjudicarse para sí solo el tesoro.

El menos torcido de los instrumentos fué introducido de nuevo en la cerradura, y Roberto la hizo girar al mismo tiempo que oprimia el resorte.

La tapa del mueble se abrió.

Roberto lanzó un grito de loca alegría al ver los diamantes, que reflejaban la luz de la lámpara.

Cogió la caja y se lanzó hácia la puerta.

Pero en lugar de pasar su dintel se detuvo como herido por el rayo, y la caja se escapó de sus trémulas manos.

Tenia ante sí dos fantasmas, Diana y Elena con pistolas del nabab en las manos, y que firmes en el dintel dirigian los cañones contra el pecho de Roberto.

Este se llevó la mano á la frente, inundada de sudor. ¡Otra vez!... ¡otra vez! balbuceó con voz ahogada.

La verdadera significacion de esta palabra no debió ser comprendida por las jóvenes, que no sospechaban el reciente peligro que habian corrido con la operacion de Nawu.

En efecto, mientras esta última, despues de haber echado el veneno se alejaba precipitadamente para tirar el frasquito acusador, habia entrado Seid sin causar ruido en la habitacion de Blanca, y habia vertido en la ceniza el licor empozoñado, y llenado de agua pura la cafetera.

De modo que Nawu en vez de su veneno malayo habia servido buen té á las dos jóvenes.

Estas velaban en su habitacion esperando la vuelta del nabab. Blanca dormia al lado de su hijo Diana y Elena salian á intervalos al corredor para escuchar.

Al menor ruido anunciando la vuelta de milor, querian precipitarse á él para suplicarle que viviera y vencer su fatal resolución á fuerza de caricias.

Oyóse un ruido; fué la patada que Roberto dió para romper el armarito.

Elena y Diana atravesaron al punto el corredor. En un segundo se encontraron en la puerta de Montalt.

Esta entrada de que hablamos, y que comunicaba con la habitacion dada á Blanca, estaba situada junto á la cabecera del lecho.

En el momento en que llegaron allí las dos jóvenes, salian Blas y Bibandier para buscar el hacha.

Roberto no podia ver entrar á las dos jóvenes, que estaban ocultas por el espeso brocado de la colgadura.

Cuando se adelantaron y podia verlas, le absorbió ya el descubrimiento del secreto.

Estaba dedicado á su trabajo.

Diana y Elena permanecieron primero admiradas á la vista de un desconocido. No habian sospechado que aquel hombre fuese un ladrón.

Gracias al ruido que Roberto causaba al trabajar en la cerradura, pudieron ellas, sin llamar su

atencion, descolgar dos grandes pistolas inglesas colocadas á los lados del escaparate y llegar á la puerta principal.

No conocieron á Roberto hasta el momento de volverse hácia ellas para salir.

—Sois nuestro prisionero, Mr. de Blois, dijo Diana. No intentéis huir. No hagais el menor movimiento, porque sois muerto.

El Americano miró sucesivamente las dos pistolas, cuyas bocas le parecian enormes.

—No esperábais encontrarnos aquí, prosiguió Diana; sin embargo, habeis habitado la Bretaña bastante tiempo para conocer nuestras antiguas leyendas.

Las Hijas de la Luna viajan en las alas del viento. Ayer atormentábamos á la marquesa de Urgel en Paris.

Esta noche hemos dormido en nuestra fosa del cementerio de la aldea de Glenac. Y esta mañana, Mr. de Blois, nos hemos asido al último rayo de nuestra madre para venir á presentaros las pistolas al pecho.

—¡Hermana mia! ¡hermana mia! dijo Elena con tono mas sarcástico; ¡no se debe insultar así al vencido! Estoy convencida de que si dejáramos pasar al pobre Mr. de Blois, nos daría en este momento su palabra de honor de convertirse y hacer penitencia. Pero los muertos conservan rencor, Mr. de Blois, y vamos á guardaros hasta la vuelta de milor.

El Americano tenia miedo.

—Escuchadme, dijo á la aventura. Sé muy bien que podeis perderme; pero tambien sé que vuestro corazon es generoso; tened piedad de mí.

—¡Piedad! replicó Diana; hay mucha agua en la Dama Blanca.

—Y las piedras eran pesadas, añadió Elena.

Las miradas de Roberto se iluminaron rápidamente mientras las niñas hablaban así, encendiéndose en la pupila un rayo.

—¿De modo, murmuró con mas humildad, que no teneis piedad de mí?

Su mirada, que se levantó, adquiria en ese momento una espresion tan estraña, que Elena y Diana se volvieron con vivacidad para descubrir la causa de este cambio.

Roberto soltó la carcajada.

Diana estaba prisionera entre los brazos de Bibandier, y Elena en los de Blas.

Las dos pobres niñas bajaron la cabeza sin intentar siquiera defenderse.

—Ira de Dios, señoritas, dijo el Americano, mucho hay que estudiar para pelear con vosótras. Por hoy, añadió, vamos únicamente á trataros del mismo modo que tratásteis á Lola, porque aun no estamos en la puerta de este maldito palacio.

El Americano no habia acabado su frase, cuando por tercera vez cambió su fisonomía.

La aparicion de las jóvenes y la de nuestros dos caballeros se habian sucedido rápidamente.

La tercera peripecia fué aun mas veloz.

En el momento en que Roberto ataba su pañuelo retorcido sobre la boca de Diana, se abrió repentinamente la puerta que habian dejado entreabierta Blas y Bibandier, dando paso á la luz que habia en el exterior.

La elevada estatura de Berry Montalt, que llevaba en la mano dos espadas de combate, se dibujó en silueta sobre el dintel.

XIV

FELICIDAD

